



Año I.

Director: Pelayo Vizueté

Núm. 4.^o



Sardou.

Celebridades.

Para el público español es un viejo conocido.

Todas sus obras han pasado por el cedazo de la traducción ó por el tamiz del arreglo, según ha sido más ó menos literato el adaptador de ellas.

Desde *Divorciémonos* hasta *Thermidor*, su vasto repertorio desfiló por los teatros de España con éxito indiscutible; y, sin embargo, la crítica ha tenido siempre en entredicho la personalidad literaria de Sardou.

Se le ha reconocido su maestría para salvar las dificultades escénicas; su habilidad para sostener tipos que, sin ser caracteres definidos, lo parecían en muchas ocasiones; su inagotable ingenio, pro-

ductor constante de frases felicísimas, y su arte maravilloso para llegar siempre á lo que hemos dado en llamar *efectismo* dentro de la moderna preceptiva teatral; pero nunca ha querido concedérsele la supremacía de los grandes dramaturgos, ni sancionar su teatro como el de otros contemporáneos suyos, Augier y Dumas, por ejemplo.

Realmente, la intensidad artística en la obra de Sardou no es tan profunda, y aparece velada constantemente por el artificio teatral, que engaña al espectador haciéndole sentir una emoción distinta de la que el arte verdadero produce.

Podría decirse, quizás sin riesgo de equivocarse, que la obra de Sardou es la transición del antiguo y desenfadado melodrama á la comedia dramática del día, inspirada y correcta.

En ese punto medio es en el que hay que colocar á Sardou para apreciarle en su justo valer; y ponderándolo de esta forma es como se concluye que su personalidad tenga el relieve tan característico y la aceptación tan general que tiene. Porque no hay país donde las obras de Sardou no gusten, pues no siendo esclavas de ninguna tendencia filosófica ni yendo encauzadas por el margen estrecho de una escuela dramática determinada, ábrense á los cuatro vientos del gusto público y llegan siempre por variados procedimientos á obtener la sanción general.

Esto, en puridad artística, no podrá ser un mérito sublimado como el de Shakspeare ó Calderón, pero en la realidad de la vida es una labor grandiosa, como toda aquella que tiende á apoderarse de la voluntad de las multitudes.

Se sabe que Sardou cuida sus obras en los ensayos como ningún otro autor, y á

10 Diciembre 1899.

él solo se le concede en Francia el número uno entre los directores de escena; esto mismo indica cuánto cuida el célebre autor los detalles escénicos y todo aquello que puede conducir al verdadero *efectismo*.

En esta palabra se condensa el exclusivo mérito del célebre autor francés: las pasiones, los sentimientos, todo lo que ha sido y será la médula artística, en él no es otra cosa que el golpe *efectista*, aplicado siempre con una oportunidad realmente maravillosa.

De algún tiempo á esta parte, Sardou aparece relegado al olvido, como si sus obras no bastasen ya á satisfacer el ansia voraz del público, que necesita cada día emociones nuevas y un más allá constante que el arte se encarga de descubrir.

En realidad, con el siglo acaban muchas cosas: el próximo, al empujar para abrirse paso, va apartando sin miramientos cuanto delante encuentra; de aquí que muchas *celebridades* que en la actualidad aún podrían estar sobre el tapete hayan quedado relegadas á ejercer un papel puramente histórico.

Difícil, si no imposible, será que la musa de Sardou vuelva á alzar el telón de la *Comedia Francesa* para ofrecerse al público con toda la esplendor de su retocada belleza y con toda la lozanía de que alardeaba hace treinta años; vencida ya por el peso del tiempo, vive cómodamente en su hotel, entre sibaritismos y refinamientos, gastando sus rentas espléndidamente y orgullosa de su pasado.

¡Vegete, pues, tranquilo sobre sus laureles el gran burgués del teatro!...

Félix Limendoux.



Contra el frío.

Queridísimo lector:
Si el invierno te da horror
con sus rigores impíos,
sigue estos consejos míos
por si así te va mejor.

Sal de tu casa á las horas
mejores para estar fuera,
y por una friolera,
para ver si te *acaloras*,
arma bronca con cualquiera.

Con esto conseguirás
que te quemén, lector mío,
la sangre, y aun llegarás
á echar chispas además,
lo cual es contrario al frío.

Acuéstate muy temprano,
y en vez de los finos juegos
de cama que halles á mano,
échate en el catre un plano
de la ciudad de Cienfuegos.

Cuando esté helando, si bebes,
no bebas vino en la cueva,
ni ropa ligera lleves,
ni visites á la Nievea
González, ni á Pérez Nievea.

Busco un remedio adecuado,
y mientras con él no tope,
come arropo sin cuidado,
que si te atracas de arropo
siempre estarás arropado.

¿Y sabes lo que has de hacer
si un día ganas te dan
de ir al teatro? Ir á ver
Fugar con fuego, *El gaban*
de pieles y *Lucifer*.

Si sueñas cuando te acuestas,
y un buen sueño te molesta
en elegir, echa mano
de las *Fraguas de Vulcano*...
ó otras fraguas más modestas.

Si aún te sigue el tiritar,
ponte, cuando esté premiosa
tu mente, á versificar,
y romperás á sudar
de una manera espantosa.

¿Que esto no es aún suficiente?
Pues entonces haz el oso
á la esposa de un valiente
y es probable que el esposo,
si te pillá, te caliente.

¿Que esto no da resultado?
Coge á un flautista afamado
y encárgale que al oído
te toque el *sol* sostenido
hasta que te hayas templado.

¿Que aún tienes más frío que antes?
Pues llamas á la doncella
y, sin estar muy distantes
uno de otro, hablas con ella
de cosas... interesantes.

Y si no logras así
la reacción más completa,
me llamas al punto á mi,
y yo cargo la escopeta
y *hago fuego sobre ti*.

¿Que aún así no te va bien?
Métete en una sartén.
¿Que sigues teniendo frío?
Pues aguántate, hijo mío,
que yo me aguanto también.

Juan Pérez Zúñiga.

MEMORIAS DE UN DIRECTOR

Sr. Director de MISCELÁNEA: La casualidad me ha proporcionado el placer de ofrecerle algunos fragmentos del libro de memorias de un director de escena, que director de escena debe de ser, á juzgar por la materia de que se ocupa su libro, escrupulosamente anotado, y extraviado, sin duda, á la salida del teatro.

Al azar van unas cuantas notas.

Leo y copio:

«Para que un actor sea buen característico necesita, en primer lugar, un pañuelo muy grande de yerbas, un chaleco remendado con trencilla y unos pantalones á cuadros.

Los característicos no estrenan nunca ropa. Se visten del desecho de los vecinos.

Además, se recomienda que sean ó figuren ser calvos. Indudablemente son más característicos.»

«Todas las tiples que pierden la razón se visten de blanco y se despeinan previamente. En el acto de declararse locas, lo toman con la flauta, á la que persiguen sin descanso. Para que el público se convenza de que la pobre señora ha perdido el juicio por completo, tiene que hacer escalas y *fiorituras*. No se concibe la locura de otro modo. Generalmente, las que se vuelven locas son las tiples ligeras.»

«Las romanzas se ha de cantar en la misma línea de la batería, á excepción del primer tiempo, que se dice desde la primera y segunda caja, después de cerciorarse bien, mirando en todas direcciones, si hay alguien que pueda escuchar.

La mitad de la romanza se canta en la batería de la derecha, y la otra mitad en la de la izquierda, por el qué dirán.»

«Los traidores, y en general toda persona de malos sentimientos, andan en escena encorvados, como si buscaran algún objeto perdido. Además, deben palparse con frecuencia el pecho para asegurarse de que la lista donde llevan apuntadas las malas acciones no se ha extraviado, porque ya se sabe que los criminales lo apuntan todo en un papel y lo guardan hasta el momento crítico.»

«Todos los individuos de un coro han de vestir igual; v. gr.: se trata de un coro de aldeanos. Pues todos sombrero redondo, chaquetón, faja, etc., como si no hubiera más que un sastre en el pueblo y los vistiera por contrata.»

«Cuando la tiple tenga que cantar un vals, debe llevarse la mano al corazón repetidas veces, y con la otra, si la tiene desocupada, coger una copa y elevarla sobre la cabeza como en actitud de exclamar: ¡Viva el placer halagador! Después, las chicas del coro se llevan también la mano al corazón y cantan lo mismo que la tiple, pues esa es su misión, repetir, repetir nada más.

Les está vedado tener ideas propias.»

«Cuando un personaje tenga que confesar á otro un secreto, debe cerrar con cuidado todas las puertas de la habitación, respetando la que tenga el portier corrido, porque detrás debe estar la persona que haga falta que lo oiga todo.»

«En los juguetes cómicos, todos los tíos que vuelven de América visten indefectiblemente traje de hilo blanco y sombrero de ¡aja.

Lo natural es que al llegar á Madrid cambien de ropa, siquiera por la diferencia de temperatura; pero entonces no se les notaría que vienen de América.

Y menos mal si no entran cantando cositas del país, porque esto es de cajón.»

«Cuando la escena se queda á oscuras, los personajes andarán sin tropezarse, ocurriendo siempre que un hombre coja la mano de otro y se la bese, creyendo que es la de una mujer, diciendo: *¡Qui cutis más fino! ¡Qué mano tan suave!*, etc.

El público celebra la equivocación y se ríe con una buena fe escandalosa.

No tiene este recurso más que la friolera de siglo y medio; pero siempre gusta.

¡Ah! Generalmente sucede este caso en la obra donde hay militares, y el que se confunde siempre es el asistente, que cree al coger la mano de su capitán que es la de la moza del mesón. El capitán, al enterarse, le da un puntapié: *¡Toma, bárbaro!* A lo que contesta el asistente: *¡La propina!*

En esta respuesta están de acuerdo todos los asistentes...»

Y así seguiría copiando del libro de memorias si no tuviera en cuenta que para muestra basta un botón.

Luis Gabaldón.



Rojizas.

Me dices que después de hacerte mia,
en pago, te abandono.

¿En pago?... Por ventura, ¿es sacrificio
lo que tal vez mañana harás por otro?

¡Si yo quiero creerte!

Pero, hija... ¡hay cada tuno
en el maldito siglo diecinueve!

C. Pérez Ortiz.



Pólvora en salvas.

Pendiente está de tu si
la ventura de los dos:
te quiero más que tú á mí,
te adoro más que tú á Dios.

Ya de frente ó á traición
quisiera, y modo no encuentro,
matarte y ser un Nerón,
para abrir tu corazón
sólo por ver si estoy dentro.

Como Marcelo está en plena
luna de miel con Elena,

se cree ya feliz Marcelo...
En noches de luna llena,
¡qué azul y claro está el cielo!

Juzga por ti á los demás:
de hambre estás que desfalleces,
¡y aún por las tardes te vas
á echarles pan á los peces!

Hoy tus labios aproximas
al que besarlos desea,
como se besan dos rimas
para expresar una idea.

Gonzalo Cantó.

AMOROSA

—Y, ahora, adiós; ya nos encontraremos por el mundo: tú con tu desdén eterno; yo con mi desesperación infinita. Si mi cariño es verdadero ó falso, ya lo sabrás cuando te acerques á otros hombres, ávidos de tus gracias y ansiosos de tu cuerpo...

—¿...?

—No, si no me quejo; yo lo quise y tú lo has querido. Me insultaste... Yo, rudo y grosero, respondí con el insulto á tus insultos de despota y á tus desprecios de tirana. No nos entendemos; debo irme y me voy; pero sé que tu desdén es fingido y tu desprecio es una máscara: sé que te quedas con la cabeza loca y encendido el pecho... y yo, yo también me voy con el corazón aquí, en la garganta, hecho un nudo que me ahoga.

—¿...?

—No sé si te quiero ni debes preguntármelo. ¿Qué te importa? ¿No te digo que no nos entendemos? ¿No me dices que es ridículo buscar armonías entre tus sentimientos y los míos, entre mis ideas y las tuyas? Entonces, ¿á qué atarnos á un mañana con negruras de infierno? Me llamas despota porque me indignan tu sequedad, tu desden salvaje, tu feroz ironía; y me indignan porque eres hipócrita, porque tú no sientes eso, porque tú me quieres como... ¿cómo te diría yo?...

—¿...?

—Sí, sí; ¿á qué negarlo? Como yo te quiero; con dulzura, con pasión, con rabia; con humildad de siervo y despotismo de soberano, con ternuras de madre y arrebatos de fiera. .

—¡...!

—Sí, de fiera: como quieren todos los hombres que quieren. Pues ¿qué es el amor para los hombres? Confusión de anhelos de místico, éxtasis de iluminado é impulsos de bestia...

—¿...?

—No, no; me voy porque debo irme. Tú sientes hondo, sí; pero me hiela esa máscara de acero: tu rostro está siempre rígido, tus labios mudos; tus ojos no tienen la dulzura del halago, sino la dureza del castigo ó el desdén de la soberbia. ¡Deja, deja que brote lo que para mí guardas en ese corazón de oro! ¡Da suelta á esos ímpetus que retienes y envuélveme en las grandezas de esa alma que parece muerta!... ¡Ah! ¿lloras? ¿ya despiertas? Pero no quiero que llores; seca esas lágrimas... Mirame serena, riante y amorosa como otros días.

—¡...!

—¿Quién ha dicho que me voy? ¡No, si no hay tal cosa! ¡si me quedo! ¿No ves que me quedo? ¿Cómo voy á dejarte llorando? ¡Y con esos mimos!...

—¿...?

—Claro que todo ha sido broma, pura broma. Nosotros hemos nacido para vivir juntos. Pensamos lo mismo; sentimos de igual modo; nuestra voluntad es una y nuestro amor firme... ¿Ves? Me contradigo; antes he dicho lo contrario... Pero es verdad, todo es verdad: el amor es un niño y un hombre, un místico y una bestia; siente intuiciones de sabio y asombros de idiota; dolores de Satán y alegrías de ángeles; sumisiones de esclavo y arrogancias de loco...

—¿...?

—Ahora soy el ángel, el esclavo, el místico: mírame bien; mírame.. y ¡quíreme! ..

Por la copia,

Pelayo Vizuete.

Jamona...

(OTOÑO)

Ya las flores se marchitan
y de los árboles caen
secas hojas, que revueltas
por el polvo lleva el aire;
cubre la escarcha los campos
y deja su nido el ave.
y es melancólico el cielo
cuando declina la tarde

Muda la naturaleza,
parece que se complace
mostrándonos como mueren
luces, flores, frutos y aves.
¡Pobre mujer! yo he gozado
la belleza incomparable
de tu juventud, y miro
sus encantos marchitarse

como las flores del campo
y las hojas de los árboles.

Porque la escarcha del tiempo,
que pone hielo en la sangre,
roba la luz de tus ojos,
el color á tu semblante
y desharata las curvas
deliciosas de tus carnes.
... Es el otoño tristísimo
de la belleza de un ángel!

Volverá la primavera
y no podré consolarme:
si tu hermosura me falta,
lo demás... ¡qué poco vale!

Alberto Lozano.



CREPÚSCULO

Al mismo tiempo que el sol se había marchado la gente que durante toda la tarde estuvo en la playa, merendando unos, bañándose otros y viendo los menos cómo los demás comían ó se bañaban.

Reinaba á nuestro alrededor profunda calma; el mar estaba tranquilo; el cielo, cuya limpidez no alteraban más que tres ó cuatro caprichosas nubecillas, que eran á manera de dorada estela dejada tras sí por el sol, parecía formado por miles y millones de ojos azules como los tuyos; la noche iba descendiendo, y allá en el horizonte esfumábanse los contornos y el cielo confundíase con el mar y con el verdor de los campos valencianos.

Ni tú ni yo teníamos ganas de marcharnos; aquella placidez nos atraía, y en vez de tomar el tren que conducía á la risueña población, seguimos caracoleando por la orilla cogidos del brazo, silenciosos...

Llegamos á un sitio donde las piedras desaparecían por completo y donde la arena recién lamida por las débiles olas parecía un hermoso pergamino dispuesto para que en él se escribiera grandes cosas.

Y tú, adivinando mi pensamiento, me soltaste y pusiste, mientras yo te contemplaba embelesado, fanático, lleno de amorosa fe:

—Te querré siempre, siem ..

No acabaste la palabra; una ola más vigorosa que las demás, semejante á un inmenso cristal circundado por una cinta de plata, borró tus letras grandes, desiguales, torcidas...

Cuando, vencida su fuerza por el plano inclinado, volvía precipitadamente, atropellándose, á su lecho, me pareció que se reía de un modo burlón...

Te lo dije y me llamaste poeta, soñador, iluso

.....

.....

¡Mentira! No era un sueño, no era delirio de mente acalorada ó calenturienta...

Las olas ríen... y aquella se reía de mí...

Sinbaldo G. Gutiérrez.

Sirenas.

Silencio, pescadores,
que cantan ellas:
¿No oís sus sonoras voces?
¡Son las sirenas!
Sus cantos enternecen,
llegan al alma,
lo hacen todo más placido:
¡parad la barca!
Ved cómo van las olas
disminuyendo.
¿No veis correr las nubes
limpiando el cielo?
Ved cómo mansamente
la brisa juega

ondulando suave
las fuertes velas.
¿No veis que el mar se calma?
Soltad los remos,
no tengais tanta prisa
por ir al puerto;
ya saben dónde estamos;
parad la barca;
el tiempo está magnífico,
tranquila el agua.
Podemos oír las voces
de las sirenas...
¡Silencio, pescadores,
que cantan ellas!

E. Fernández y Gutiérrez



LA SABIDURÍA

Ningún mortal ha penetrado todavía en el misterioso seno de la madre naturaleza; decir sabiduría es para el hombre confusión, martirio, anhelo de algo más allá, dolor de todos los instantes, lucha tempestuosa de pensamientos y de ideas y desconsuelo, en fin, entre la realidad que se alcanza y el ideal que desaparece.

Después de Brahma, que lo es *todo*, únicamente Buda ha sido el humano que consiguió la sabiduría compendiada en los cuatro *Vedas* que componen el primer *Sastra* y los otros cinco *Sastras*.

Para poseerlo todo la vida es corta y la inteligencia limitada; los *Vedas* se ocupan de la ciencia divina, la doctrina, los preceptos y dogmas, las invocaciones y los himnos poéticos.

Los brahmanes pasan largos años en austera devoción y se cuentan como excepciones aquellos que profundizan en el *Yayur-Veda* la metafísica teológica.

Siguen después en orden de importancia los cinco *Sastras*, conocimientos humanos; enciclopedia terrestre que los brahmines alcanzan alguna vez en las postrimerías de la existencia.

Véase la recopilación de tantos estudios y se comprenderá lo difícil que es llamarse sabio en este planeta de transición, insignificante y falso, destinado a hundirse en las tinieblas de la nada el día que Brahma se canse de haber creado un mundo tan raquítico y miserable.

El segundo *Sastra* contiene cuatro libros: las teorías de la medicina, la música, el arte militar y 74 artes mecánicas. El tercer *Sastra* contiene seis libros: la gramática, el diccionario, la teoría de la pronunciación, la astronomía, el ritual y la prosodia. El cuarto *Sastra* da el conocimiento de los diez y ocho puranas ó comentarios de los *Vedas*. El quinto *Sastra* expone el *darma* ó ley civil y el sexto el *Dervana* ó los seis grandes sistemas filosóficos.

Como la luna, cuando reproduce su imagen con viva refracción en las aguas tranquilas de un estanque, así es la sabiduría.

Adelantamos la mano para cogerla, y el agua removida disipa la ilusión óptica.

No intentéis jamás llegar hasta Brahma; las minúsculas celdillas de nuestro cerebro elaboran, á lo más, ideas del presente, que es una ilusión; el porvenir y el pasado son sueños tan borrosos como el mar cubierto de brumas.

José Pérez Guerrero.

Después del estreno.

—Chiquillo, ¡venga un abrazo!
 —¡Chico!—¡Sea enhorabuena!
 —¡Siete llamadas á escena!
 —¡Esto ha sido un éxito!
 —¡Esto te dará dinero!
 —El público estaba loco!
 —¡Hubo espectador que á poco
 te tira á escena el sombrero!
 —¡Qué entusiasmo!—¡Qué ovación!
 —¡Si fué un aplauso constante!
 —¡Qué diálogo más picante!
 —Y qué versificación!
 —¡No hay un ripio!—¡Ni uno solo!
 —¡Qué verso!—¡Ni cincelado!
 —Pues qué, ¿os habéis figurado
 que el autor es algún bolo?
 —¡Bien puedes estar contento!
 —¡Qué caracteres!—¡Qué trama!
 —¡Esta obra te dará fama!
 —¡Con esta llegas al ciento!
 —Pero ¿y la música?—¡Horror!
 —La música es detestable!
 —¡Ratonera!—¡Inaguantable!
 —No se oyó cosa peor!
 —Ni un *motivo* con saliente!
 —Ni un número original!
 —Es insulsa!—¡Insustancial!
 —¡Soporífera!—¡Inocente!
 —¡Chiquillo, qué musiquita!
 —¡Es más mala que un veneno!
 —¡Ah! si el libro no es tan bueno,
 te dan la primera *grita*!

 —Adiós, chico.—Imparcialmente,
 el éxito es merecido.

—¡Conste que el éxito ha sido
 para ti exclusivamente!

 —¡Venga usted aquí, *maestrazo*!
 —¡No cabe cosa mejor!
 —¡Qué música!—¡Es superior!
 —¡Choque usted!—¡Venga un abrazo!
 —¡Nada más original!
 —¡Qué dúo!—¡Una filigrana!
 —¡Vamos, desde *La Africana*
 no se ha visto cosa igual!
 —Pero ¿y el libreto?—¡Horror!
 —¡Ni una situación!—¡Ni un chiste!
 —¡Desde que el teatro existe
 no se vió cosa peor!
 —El diálogo es poco, y sobra!
 —¡Y el poco que tiene, aburre!
 —Pero, hombre, ¿á quién se le ocurre
 poner música á esa obra?
 —¡Todo es falso!—¡Artificioso!
 —¡El asunto insostenible!
 —¡El desarrollo execrable!
 —¡El verso, duro y ripioso!

 —Conque, adiós.—Imparcialmente,
 el éxito es merecido!
 —¡Conste que el éxito ha sido
 para usted exclusivamente!

Esta escena es de rigor
 al final de todo estreno.
 Conque, el que tenga valor
 siga el oficio de autor,
 y ya verá lo que es bueno.

Manuel Soriano.

POR CORREO

A. S. C.—Madrid.—¡Si viera usted qué tino es menester para componer epigramas, y qué agudeza y qué enjundia! Vamos, que los de usted no tienen nada de eso.

F. J. de L.—Madrid.—*Calor y frío*, incorrecta; la *otra* tiene un asunto más manoseado que Kant... y la guerra sud-africana. Aprovecharé algunas *Hojas*.

F. V.—Madrid.—Los versos compuestos en el *café*, suelen resultar muy malos... ¡Así le han salido ellos!

A. G. C.—Madrid.—Eso es duro, durísimo; y tenga usted en cuenta que todo se fundamenta en ideas falsas. Pone usted á la mujer que no hay por dónde cogerla; y aún hay mujeres excelentes, á Dios gracias.

B. P. R.—No me gustan: los cantares, ó muy buenos, ó romper las cuartillas.

E. P.—Eso de *ina... ina...* produce un efecto desastroso.

E. A.—No me sirven. La métrica, además, está muy descuidada.

C. R. y S.—Hay consonantes muy forzados: aquel *tributo* no puede pasar.

M. S. de las M.—Muy inocente; y el amor hay que describirlo con energía, para que la descripción resulte interesante.

E. R.—Venga usted por acá; me gustan.

A. L. de W.—Sí, señor; reproduciremos los monumentos de todas las provincias españolas. Las portadas saldrán oportunamente.

P. A. y S.—¡Hombre! ¿De dónde ha sacado usted que López Silva sea poeta lírico? ¡Hasta ahí podíamos llegar!